

ERICH FROMM

SITUACIÓN ACTUAL DE LA CULTURA OCCIDENTAL *

CUANDO EL MUNDO medieval se abrió de par en par, parecía que el hombre occidental por fin vería realizados sus más caros ensueños y aspiraciones. Se había liberado de la autoridad de una iglesia totalitaria, de la opresión del modo de pensar tradicional, de las limitaciones geográficas de nuestro globo terráqueo. Había descubierto a la naturaleza y al individuo. Se había dado cuenta de su propia fuerza, de su capacidad para ser el amo y señor de la naturaleza y de las circunstancias determinadas por tradición. Ese hombre creía que sería capaz de lograr una síntesis entre su sentido de su fuerza y racionalismo acabados de nacer, y los valores espirituales de su tradición humanista y espiritual. Durante los siglos que siguieron al Renacimiento y a la Reforma, el hombre construyó una nueva ciencia, la que eventualmente le ha permitido llegar a la fuente de fuerzas productivas hasta entonces ignoradas, y a una completa transformación del mundo material. El hombre creó sistemas políticos que aparentemente garantizan el desarrollo libre y productivo del individuo; se redujo el número de horas de trabajo a un grado tal, que el hombre occidental está actualmente gozando de una cantidad de horas de descanso con la que sus antepasados apenas hubieran soñado.

Pero con todo esto, ¿a dónde estamos hoy?

Para poder comprender cómo los cambios por medio de los cuales el industrialismo moderno ha logrado resolver su problema *económico*, llevan a un fracaso cada vez mayor en la resolución del problema *humano*, es necesario examinar los detalles que son característicos para la sociedad del siglo xx. La concentración del capital llevó a la formación de empresas

* Conferencia sustentada en los Cursos de Invierno en la Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales de la U.N.A.M.

gigantescas, manejadas por burocracias jerárquicamente organizadas. Grandes aglomeraciones de trabajadores laboran juntos, formando parte de un vasto engranaje de producción organizada, la cual, para poder moverse debe hacerlo suavemente, sin fricción, sin interrupción. El trabajador o el empleado en lo individual, se convierten en una pieza de ese engranaje; su función y sus actividades están determinadas por la estructura total de la organización en que trabajan. En las empresas, la *propiedad* legal de los medios de producción ha quedado aparte de la *administración* y ha perdido en importancia. Las grandes empresas son manejadas por una administración burocrática, que no posee legalmente, sino socialmente a la empresa. Estos administradores no tienen las cualidades del antiguo propietario, como son iniciativa individual, audacia, disposición para asumir riesgos, sino las cualidades del burócrata: falta de individualidad, impersonalidad, precaución, falta de imaginación; administran cosas y *personas*, y se relacionan a las personas como si fueran cosas.

La organización manejada burocráticamente se acerca cada vez más al funcionamiento de una calculadora electrónica. Miles de datos son proporcionados a la organización, la burocracia los maneja de acuerdo con los principios capitalistas fundamentales de economía y de eficiencia, y las determinaciones que se toman son el resultado de los datos suministrados, y de los principios en que se base el procedimiento. Nadie entre los burócratas tiene un plan —y menos una visión—; simplemente se concretan a ejecutar las decisiones que el engranaje burocrático ha tomado por ellos.

Pero no solamente en la esfera de la producción se maneja al individuo y se maniobra, o manipula, con él, sino también en la esfera del consumo, que es aquella en que según se asegura el individuo expresa su libre selección. Ya se trate del consumo de comestibles, ropa, licores, o cigarros, o bien de programas de cine o televisión, se emplea un poderoso aparato de sugestión, con dos objetivos: primero, el de aumentar constantemente el deseo del individuo por los artículos nuevos, y segundo, encauzar ese deseo hacia los conductos que sean más lucrativos para la industria. Simplemente el monto del capital invertido en la industria de artículos de consumo, y la competencia entre unas cuantas empresas gigantes, hacen que sea necesario no dejar el consumo al azar, ni permitir al consumidor decidir por sí solo si desea comprar más, o qué es lo que quiere comprar. No, es preciso excitar constantemente sus deseos, manejar sus gustos, y poder preverlos.

El capitalismo del siglo XIX favoreció las virtudes del ahorro; abogó por

la obediencia a autoridades estrictas; defendió los principios de desigualdad de razas, sexos o clases. El siglo xx ha cambiado todo esto; hace del aumento constante en el consumo una obligación más bien que un vicio; ha hecho a un lado la autoridad patente, sustituyéndola por la autoridad anónima de la sugestión; ha tratado de eliminar la desigualdad —pero la igualdad ahora significa uniformidad monótona, uniformidad de masas de obreros, empleados, consumidores, electores, manipulados por toda clase de influencias hipnotizantes y por su propia necesidad de conformidad. En vez de producir hombres productores fieles a sí mismos, con convicciones, que lleven una vida de iniciativa, audacia, aventura y alegría, como lo había prometido la sociedad del siglo xix, la sociedad contemporánea ha producido hombres que carecen de metas, que se dejan guiar por una burocracia igualmente sin objetivos; hombres que temen a la libertad y que huyen de ella a través de las múltiples vías de escape que les ofrece nuestra industria de productos de consumo.

¿Qué se deriva de todo esto?

El industrialismo moderno, aunque ha fallado en sus intentos de resolver los problemas económicos del hombre en Asia y África, ha tenido éxito —hasta cierto punto— en atender las necesidades económicas del hombre occidental. ¿Pero ha llenado sus necesidades humanas y espirituales? ¿Ha realizado las esperanzas que tuvieron nuestros antepasados hace cien años, de lograr la mayor dicha para el mayor número? ¿Ha realizado las esperanzas de que eliminando el autoritarismo feudal y monárquico, mediante un sufragio libre e igual, todo ciudadano se convertiría en partícipe activo y responsable en los asuntos políticos de su país, estado o ciudad? ¿Ha cumplido la promesa de que una vez que tuviera la satisfacción material y tiempo para el descanso, el hombre desarrollaría sus facultades creadoras, su individualidad, su iniciativa, y que cuando fuera liberado del sufrimiento económico y de un día de trabajo totalmente absorbente, realizaría las grandes miras espirituales de la tradición humanista occidental?

De ninguna manera. Aunque hemos enriquecido al hombre materialmente, en lo humano se ha empobrecido. A pesar de toda la propaganda, y de todos los lemas acerca de la fe que el mundo occidental tiene en Dios, de su idealismo, de su preocupación por lo espiritual, hemos creado una cultura materialista y un hombre materialista. Durante ocho horas de trabajo, el hombre es manejado como parte de un equipo de producción. Durante ocho horas disponibles para esparcimiento, se le maneja y manipula en forma de que llegue a ser un perfecto consumidor, *que quiere lo*

que se le dice que ha de querer, y que sin embargo, conserva la ilusión de que sigue sus propios gustos. Todo el tiempo se le martillea con lemas, frases hechas, sugerencias, con voces de irrealidad que lo privan del último resto de realismo que pueda todavía tener. Desde la infancia se desalientan en él las verdaderas convicciones. Hay poco pensamiento crítico, hay poco sentimiento real, y por lo tanto sólo la conformidad con los demás puede salvar al individuo de una insufrible sensación de soledad y de encontrarse perdido. El individuo no se experimenta como el portador activo de sus propias facultades o de su propia riqueza interna, sino como una "cosa" empobrecida que depende de fuerzas externas y ajenas a él, hacia las cuales ha proyectado su substancia viviente. El hombre está enajenado de sí mismo, y se inclina ante las obras de sus propias manos. Se inclina ante lo que él mismo produce, ante el estado, y ante los dirigentes que él mismo ha forjado. Como dijo Karl Marx: "su propio acto se convierte para él en una fuerza extraña, que está por encima y en oposición a él, en vez de ser gobernado por él." Más que nunca antes en la historia es cierto que: "La consolidación de nuestro producto en una fuerza objetiva por encima de nosotros, sobrepasando a nuestro control, derrotando nuestras esperanzas, aniquilando nuestros cálculos, es uno de los principales factores que determinan nuestro desarrollo." Los productos del hombre, sus máquinas, el estado, se han convertido en ídolos del individuo moderno, y estos ídolos representan sus propias fuerzas vitales en forma enajenada —convertidas en algo extraño.

En realidad Marx estuvo en lo justo al reconocer que "El lugar de todos los sentidos físicos y mentales ha sido ocupado por la autoenajenación de todos estos sentidos, por el sentido de *tener*. . . La propiedad privada nos ha hecho tan estúpidos e impotentes, que las cosas se convierten en nuestras solamente si las *tenemos*, es decir, si existen para nosotros como capital, y son de nuestra propiedad, si podemos comerlas, beberlas —esto es, si pueden ser usadas por nosotros. Somos pobres a pesar de toda nuestra riqueza, porque *tenemos* mucho, pero *somos* poco."

Como resultado de ello, el hombre promedio se siente inseguro, solitario, deprimido, y sufre de una falta de alegría. No podríamos soportar la tristeza y la falta de significación, el vacío en nuestra vida, si no fuera por el hecho de que el sistema nos ofrece constantes vías de escape, que varían desde la televisión hasta las drogas tranquilizantes, que nos permiten olvidar que estamos perdiendo cada vez más todo aquello que tiene valor en la vida. A pesar de todos los lemas que nos aseguran de lo contrario, nos

vamos acercando rápidamente a una sociedad gobernada por burócratas que administran un hombre-masa, bien alimentado, bien atendido, deshumanizado y deprimido. *Producimos máquinas que son como hombres, y hombres que son como máquinas.* Hemos desarrollado nuestra inteligencia, nuestros conocimientos de las ciencias naturales, y la aplicación de estas ciencias a la técnica. Creemos que somos seres racionales, y sin embargo, la sociedad occidental está acosada por las más chillantes y obvias contradicciones. Al mismo tiempo que hay millones de gentes en el mundo que carecen de lo suficiente para comer, en los países más ricos se está restringiendo la producción agrícola. Tal vez seamos más ricos, pero tenemos menos verdadera libertad individual. Podemos consumir más, pero nos encontramos más vacíos. Podemos tener más armas atómicas, pero estamos más indefensos. Podemos tener más educación, pero tenemos menos juicio crítico y menos convicciones. Tenemos más religión, pero nos volvemos más materialistas.

El hombre, en vez de ser el amo de las máquinas que ha construido, se ha convertido en servidor de ellas; sin embargo, el hombre no ha sido hecho para ser una cosa, un objeto, y a pesar de todas las satisfacciones en el consumo, las fuerzas vitales del hombre no podrán mantenerse en suspenso continuamente. No nos queda más que un camino, y éste es dominar de nuevo a la máquina, haciendo de la producción un medio, y no un fin, usándola para el desenvolvimiento del hombre —o de lo contrario las energías vitales reprimidas se manifestarán en forma caótica y destructora. El hombre preferirá destruir la vida, en vez de morir de fastidio y de aburrimiento.

¿Podemos hacer responsable de esta situación del hombre al industrialismo moderno? Como dije antes, la sociedad moderna, su manera de producción y de consumo, las relaciones entre seres humanos que fomenta, crean precisamente la situación humana que se ha descrito. No porque *quiera* crearla, no debido a malas intenciones de capitalistas o políticos en lo individual, sino debido al hecho de que el carácter del hombre común, promedio, se forma con la práctica de vida que ha sido provista por la estructura de su sociedad determinada.

El capitalismo está basado en el principio de que no son la solidaridad y el amor sino la acción individualista y egoísta lo que determina los mejores resultados para todos; cree que un mecanismo impersonal —el mercado— debe regular la vida de la sociedad, y no la voluntad, la visión y los proyectos del pueblo. Coloca a las cosas (o sea, el capital) por encima

de la vida (o sea, el trabajo). El poder proviene de la posesión, no de la actividad. Necesita de equipos de obreros, empleados, ingenieros, consumidores que trabajen juntos, sin fricción; los necesita porque las grandes empresas dirigidas por burocracias requieren esta clase de organización, y el "hombre de organización" que encaja en ellas. Debe crear hombres que sean aptos para el proceso industrial; debe crear hombres que cooperen sin fricción; que quieran consumir cada vez más; cuyos gustos estén estandarizados y puedan ser fácilmente influenciados y previstos. Necesita de hombres que se sientan libres e independientes, y no sujetos a ninguna autoridad o principio o conciencia —pero que estén, sin embargo, dispuestos a que se les mande, a hacer lo que se espera de ellos, a encajar en el engranaje social sin fricción; que puedan ser guiados sin fuerza, dirigidos sin dirigentes, impulsados sin objetivos—, excepto el único de tener éxito, de mantenerse en movimiento, de avanzar.

Hasta aquí hemos visto lo realizado por el capitalismo. ¿Qué es lo que ha realizado el socialismo? ¿Qué fue lo que se propuso, y *qué* logró en aquellos países en que ha tenido la oportunidad de llevarse a la práctica?

El socialismo en el siglo XIX, en su forma marxista y en las otras muchas, tuvo como meta acabar con la explotación del hombre por el hombre. Quiso crear para todos la base material para una existencia humana dignificada. Quiso que el trabajo dirigiera al capital, más bien que dejar que el capital dirigiera al trabajo. Para el socialismo, el trabajo y el capital no eran tan sólo dos categorías económicas. Estos conceptos representaban los principios universales: el capital, el principio de las cosas acumuladas, el hecho de *tener*; y el trabajo, el principio de la vida y de las facultades del hombre, el hecho de *ser* y de evolucionar. Los socialistas encontraron que en el capitalismo las cosas dirigen la vida; que el *tener* es superior al *ser*; que el pasado dirige al presente —y quisieron invertir esa relación. La meta del socialismo era la emancipación del hombre, su restauración a un ser no enajenado, no mutilado, que entra en una nueva y espontánea relación con los demás hombres y con la naturaleza. La meta del socialismo fue que el hombre arrojara las cadenas que lo ligan, las ficciones e irrealidades, para transformarse en un ser que sea capaz de hacer uso creador de sus facultades de sentir y de pensar. El socialismo quería que el hombre se hiciera independiente, esto es, que confiara en sí mismo; y creía que el hombre sólo podrá confiar en sí mismo si, como dijo Marx "debe su existencia a sí mismo, si afirma su individualidad como hombre entero en cada una de sus relaciones con el mundo, ver, oír, oler, gustar, tocar, pen-

sar, querer, amar —en una palabra, si expresa y afirma todos los órganos de su individualidad.” El socialismo, como naturalismo humanista y realismo, se esforzó por sobreponerse a la dicotomía entre hombre y hombre, y entre el hombre y la naturaleza.

La meta del socialismo era la individualidad, no la uniformidad; la liberación de las trabas económicas, no el convertir las metas materiales en la principal preocupación de la vida; la experiencia de una solidaridad plena entre todos los hombres, y no el manejo y la dominación de un hombre por otro. El principio del socialismo era que cada hombre es un fin en sí mismo, y nunca debe servir como medio a otro hombre. El socialismo quería crear una sociedad en la que cada ciudadano participara activa y responsablemente en todas las decisiones, y en la que pudiera tomar parte por ser un hombre y no una cosa, porque tuviera convicciones y no opiniones sintéticas. El socialismo esperaba que con el tiempo vendría la abolición del Estado, a fin de que sólo se administraran ya las cosas, y no las personas. Tenía como meta una sociedad sin clases, en la que fueran restauradas al individuo la libertad y la iniciativa. Como medio para llegar a este fin, el socialismo proponía la socialización de los medios de producción, con la esperanza de que en esta forma el predominio del motivo utilidad, la explotación y la manipulación, fueran sustituidos por la igualdad y la solidaridad. El socialismo del siglo XIX, y hasta el principio de la primera guerra mundial, fue el movimiento humanista y espiritual de más significación en Europa y en América.

¿Qué pasó con el socialismo?

Sucumbió al espíritu del capitalismo, al que había querido sustituir. En vez de comprenderlo como un movimiento en pro de la liberación del hombre, tanto muchos de sus partidarios como sus enemigos lo interpretaron como un movimiento exclusivamente orientado hacia el mejoramiento económico de la clase trabajadora. Fueron olvidadas las metas humanistas del socialismo, o sólo se hablaba de ellas sin sentirlas, a la vez que lo mismo como en el capitalismo, todo el énfasis se colocaba sobre las metas de ganancia económica. De esta manera el socialismo se convirtió en vehículo para que los trabajadores ocuparan su debido lugar *dentro* de la estructura capitalista, en vez de trascenderla; en lugar de cambiar al capitalismo, el socialismo fue absorbido por su espíritu. El fracaso del socialismo fue completo cuando, en 1914, sus dirigentes renunciaron a la solidaridad internacional y prefirieron los intereses económicos y militares de sus respecti..

países, en oposición a las ideas de internacionalismo y de paz que eran su programa.

La interpretación errónea del socialismo, considerándolo como un movimiento puramente económico, y de la nacionalización de los medios de producción considerándola como su principal objetivo, ocurrió tanto en el ala derecha como en el ala izquierda del movimiento socialista. Los líderes reformistas del movimiento socialista en Europa consideraron como su objetivo principal, elevar la situación económica del trabajador dentro del sistema capitalista, y consideraron que la medida más radical para lograr esto, la nacionalización de ciertas grandes industrias. Apenas hasta hace poco tiempo se han dado cuenta de que la nacionalización de una empresa significa poco para los que trabajan en ella. Que el ser manejado por una burocracia designada por particulares, o por una burocracia designada por el poder público, no significa una diferencia suficiente para que esto equivalga a socialismo.

Los dirigentes del partido comunista en la Unión Soviética interpretaron el socialismo en la misma forma puramente economista; pero como vivían en un país mucho menos desarrollado que la Europa Occidental, y que no tenía una tradición democrática, aplicaron el terror y la dictadura para forzar la rápida acumulación de capital que en Europa había ocurrido en el siglo XIX. Desarrollaron una nueva forma de capitalismo de Estado que resultó tener éxito en lo económico, y que era humanamente destructivo. Construyeron una sociedad administrada burocráticamente, en la que la distinción de clase es aún más acentuada y más rígida que en cualquiera de las sociedades capitalistas de la actualidad. Definen su sistema como socialista porque han nacionalizado la economía entera, en tanto que en la realidad su sistema es la completa negación de todo lo que significó y sostuvo el socialismo; es la negación de la individualidad y del pleno desarrollo del hombre. A fin de ganar el apoyo de las masas, quienes tuvieron que hacer sacrificios insufribles para que se lograra la acumulación rápida de capital, emplearon ideologías socialistas, combinadas con nacionalistas, para ganar una cooperación que otorgaban de mala gana los gobernados.

Hasta ahora el sistema capitalista es grandemente superior al sistema comunista, porque ha conservado una de las más grandes realizaciones del hombre moderno —la libertad política y, con ella, el respeto por la individualidad y la dignidad del hombre que nos liga con la tradición fundamental espiritual del humanismo. También permite posibilidades de crítica, y para proponer cambios sociales constructivos, lo que prácticamente es im-

posible en la dictadura soviética. Es de esperarse, sin embargo, que una vez que los países soviéticos hayan logrado el mismo nivel de desarrollo a que han llegado la Europa occidental y los Estados Unidos, es decir, una vez que puedan satisfacer la exigencia de una vida cómoda, ya no necesitarán del terror, sino que podrán valerse de los mismos medios de manipulación que son usados en el Occidente: la sugestión y la persuasión. Esto traerá consigo la convergencia del capitalismo del siglo xx y del comunismo del siglo xx. Ambos sistemas están basados en la industrialización; su meta es una eficiencia económica y una riqueza siempre mayores. Son sociedades manejadas por una clase administradora y por políticos profesionales; ambas son totalmente materialistas en su punto de vista, a pesar del apego que se dice tener a la ideología cristiana en el Occidente y al mesianismo secular en el Oriente. Organizan a las masas en un sistema centralizado, en grandes fábricas, en un partido político de masas. En ambos sistemas, si siguen por el mismo camino que llevan hasta ahora, el hombre masa, el hombre enajenado —un hombre-autómata bien alimentado, bien vestido, bien entretenido y gobernado por burócratas que tienen tan pocos objetivos como los tiene el hombre-masa—, tendrán que reemplazar al hombre realmente viviente, creador, capaz de pensar y de sentir. Las *cosas* vendrán a ocupar el primer lugar y el hombre estará muerto; él hablará de libertad y de individualidad —y al mismo tiempo él *será* nada.

¿En dónde nos encontramos ahora?

Si dejamos a un lado los pensamientos que son el resultado de nuestros deseos, me temo que tendremos que reconocer que la posibilidad más probable es todavía que la discrepancia que existe entre la inteligencia técnica y la razón, crítica y realista, llevarán al mundo a una guerra atómica. El resultado más probable de tal guerra, es la destrucción de la civilización industrial y la regresión del mundo hasta un nivel agrario primitivo. Pero desgraciadamente aun si evitamos la guerra, esto en sí no promete un futuro halagador. En el desarrollo, tanto del capitalismo como del comunismo, tal como lo podemos prever a través de los próximos cincuenta o cien años, seguirá adelante el proceso de la automatización y del enajenamiento. Los dos sistemas están convirtiéndose en sociedades administrativas, con pueblos teniendo satisfechos todos sus deseos, *y no teniendo deseos que no puedan ser satisfechos*; hombres cuya razón se va deteriorando mientras que su inteligencia va en aumento, creándose en esta forma la peligrosa situa-

ción de equipar al hombre con el mayor poder material, pero sin la sabiduría necesaria para hacer uso debido de él.

A pesar de una producción y comodidades que van en aumento, el hombre está perdiendo más y más el sentido del Yo; tiene la sensación de que su vida carece de significado, aun cuando en su mayor parte es inconsciente de esta sensación. En el siglo xix el problema era que *Dios estaba muerto*; en el siglo xx el problema es que *el hombre está muerto*. En el siglo xix la falta de humanismo significaba crueldad; en el siglo xx significa autoenajenación esquizoide. El peligro del pasado era que los hombres se convirtieran en esclavos. El peligro del futuro es que los hombres se conviertan en robots, en autómatas. Ciertamente es que los autómatas no pueden rebelarse. Pero dada la naturaleza del hombre, los autómatas no pueden vivir —y permanecer al mismo tiempo cuerdos; destruirán su mundo y se destruirán a sí mismos, porque no podrán ya resistir el aburrimiento de una vida sin significación.

¿Cuál es la alternativa a la guerra y al robotismo? La respuesta podrá darse más básicamente, tal vez, si invertimos la frase de Emerson que dice: “Las cosas están en la silla y cabalgan sobre la humanidad” y decimos: “Colóquese a la humanidad en la silla, para que cabalgue sobre las cosas.” Esto es otra manera de decir que el hombre debe sobreponerse a la enajenación que lo convierte en un adorador impotente e irracional de ídolos. Esto significa, si permanecemos en el ambiente psicológico, que deberá sobreponerse a la orientación mercantilista y receptiva que ahora lo dominan, para surgir en una orientación madura y productiva. Pero cualquier intento que se haga para cambiar solamente una fase de la vida estará condenado al fracaso. De hecho, cualquier progreso que ocurra únicamente en una esfera, es destructivo para el progreso en todas las demás. El Evangelio, preocupándose únicamente por la salvación espiritual, condujo al establecimiento de la Iglesia; la Revolución Francesa, con su preocupación exclusiva por la reforma política, condujo a Robespierre y a Napoleón; el Socialismo, en cuanto su única preocupación fue por los cambios económicos, condujo al Stalinismo.

Aplicando este principio de cambios simultáneos en todas las esferas de la vida, debemos pensar en aquellos cambios económicos y políticos que son necesarios a fin de sobreponernos al hecho psicológico de la enajenación. Tenemos necesariamente que conservar el método industrial. Pero debemos descentralizar el trabajo y Estado, a fin de darles *proporciones humanas* y permitir la centralización sólo hasta donde sea necesario a las

necesidades de la industria. Dentro de la esfera económica necesitamos la co-dirección de todos los que trabajan en una empresa, su participación activa y responsable.

Cada día es más evidente que el principal problema de la organización industrial no es el de la propiedad legal, como parecía serlo en el siglo XIX, sino el *problema del control*. El peligro que nos confronta en nuestro desarrollo occidental es que las burocracias en las grandes sociedades mercantiles, en el gobierno y aun en los sindicatos, se atribuyen el poder sin responsabilidad, es decir, un poder que no puede ser controlado por aquellos que se encuentran sometidos a él. La democracia está en peligro de convertirse en una sociedad gobernada por una clase administradora que cuenta con el consentimiento de los gobernados, pero este consentimiento es tal que va siendo más y más el resultado de manipulación por medio de sugestión hipnotizante y no un consentimiento dado por ciudadanos responsables y bien informados. Es nuestra tarea invertir este procedimiento para lograr la realización de una verdadera democracia. Cómo crear una democracia política e industrial, cómo transformar un industrialismo burocrático en industrialismo abajo del control de los que trabajan, es un problema sumamente difícil, y para cuya discusión no tengo suficiente tiempo en esta conferencia. Se necesitarán años de cuidadosa discusión y de experimentación para llegar a soluciones satisfactorias, pero una cosa es indudable: si sólo una parte del esfuerzo y de la energía que se dedican hoy al desarrollo de la energía atómica o a los viajes por el espacio, se dedicaran a buscar nuevas ideas y formas de organización social, podrían encontrarse estas formas. Es mucho más fácil crear una sociedad racional, libre de todas las contradicciones irracionales de nuestra época, que descubrir la manera de mandar a un hombre a la luna. Lo que necesitamos es darnos cuenta de los peligros que confrontamos si seguimos por el camino en que nos encontramos, y emplear la imaginación, que ha sido la base de los grandes progresos que hemos logrado en las ciencias naturales.

Así como el hombre primitivo se encontraba indefenso ante las fuerzas naturales, el hombre moderno se encuentra indefenso ante las fuerzas sociales y económicas que él mismo ha creado. Adora las obras hechas por sus propias manos; se inclina ante nuevos ídolos, al mismo tiempo que jura por el nombre del Dios que le ordenó destruir todos los ídolos. El hombre podrá protegerse de las consecuencias de su propia locura sólo con la creación de una sociedad sana que concuerde con las necesidades del hombre, necesidades que están arraigadas en las condiciones mismas de su exis-

tencia. La verdad es que la mayoría de la gente en la actualidad cree que podemos escoger sólo entre la forma de industrialismo como se ha desarrollado éste en el Occidente, y un comunismo burocrático, despótico, como se ha desarrollado en el Oriente. Aunque como dije antes, el industrialismo occidental desde el punto de vista humano es todavía muy superior al régimen del comunismo, debemos reconocer que el problema del hombre occidental de hoy es el de buscar *nuevas posibilidades*, es decir, las de una sociedad industrial que sea la realización de una democracia política e industrial que esté arraigada en la tradición humanista de nuestra cultura occidental con socialismo humanista que es la realización del mesianismo perfecto.

El construir una sociedad tal significa dar un paso adelante; significa el fin de la historia "humanoide", esa fase en la que el hombre no se ha convertido todavía en un ser plenamente humano. No quiere esto decir "el final de los días", la "consumación", el estado de perfecta armonía, en que no se presenten al hombre conflictos ni problemas. Al contrario, es el destino del hombre que su existencia esté acosada por contradicciones, las que él está impulsado a resolver, sin poder jamás resolverlas. Cuando él haya superado la condición primitiva del sacrificio humano, ya sea éste en la forma ritualista de los sacrificios humanos de los aztecas, o en la forma secular de la guerra moderna, cuando haya logrado regularizar su relación con la naturaleza en forma razonable en lugar de ciegamente, cuando las cosas realmente sean sus servidores, en vez de sus ídolos, entonces se verá confrontado por los problemas y conflictos realmente humanos; tendrá entonces que ser audaz, valiente, imaginativo, capaz de sufrir y de gozar, pero sus potencias estarán al servicio de la vida y no al servicio de la muerte. Esta nueva fase en la historia humana, si llega a realizarse, será un nuevo principio, no un fin.